

"Haremos todo lo que sea humanamente posible hacer para levantar y redimir a las tierras y los campos"

"Que nadie le busque parentescos extranjeros a nuestro Movimiento"

"Camaradas castellanos y españoles todos aquí reunidos: Hemos venido a honrar a uno de nuestros héroes uniéndolos a esta concentración de Castilla y tomando parte en el jubileo de aquel gran falangista, de aquel gran conductor, y recordar juntos como fue su vida y como fue su muerte. Habéis oído al Gobernador y Jefe Provincial del Movimiento el emocionado recuerdo de su gran figura. Habéis escuchado de labios del Ministro de Agricultura las inquietudes de nuestro Movimiento para cumplir los ideales de aquel gran español. Habéis visto al camarada Solís evocar con su verbo brillante todo lo que debemos a nuestros combatientes para forjar la unidad entre los hombres y las tierras de España. Y ahora, últimamente, vamos a rematar este acto grandioso con una breve oración en que las palabras serán siempre pobres para reflejar lo que ha sido aquella vida.

Cuando España estaba a punto de desintegrarse, cuando en Rusia se hacían planes para dominarnos y unirnos al carro de su esclavitud, surgió, como siempre en los momentos críticos, la no conformidad de los españoles. Levantándose en tierras de Castilla, esta tierra de horizontes amplios propicios a las grandes empresas, el Movimiento de las JONS, de las Juventudes de Ofensiva Nacional-Sindicalista (clamorosa salva de aplausos), al tiempo que surgía en otras regiones de España, como Vascongadas o Navarra, el despertar de la tradición, que se revelaba contra los ataques a su fe. Y los nietos recordaron los empeños de sus abuelos para salvar a España, que quedaron sin rematar. Y al compás que de todos los hogares de España se alzaban las voces de rebeldía, se rezaba en los conventos y en las iglesias por la salvación de la Patria; en los cuarteles se vencía el freno de la disciplina para salvar a la Patria escarnecida. La rebeldía se encendía por toda la nación ante los ataques a nuestra fe, la desintegración de la Patria y la entrega de la nación a los agentes de Moscú. Pero en España había nacido la Falange, que llevó la ilusión de su canción a todos los rincones, que se fundió en una primera reunión con las JONS de Valladolid para integrarse más tarde en el Movimiento Nacional, cuando el horrendo crimen fraguado desde el poder contra una de sus principales cabezas, la de Calvo Sotelo, despertó a España entera con una explosión físicamente española. Que nadie le busque parentescos extranjeros a nuestro Movimiento, que fue eminentemente español, como lo sois vosotros, como lo fueron los navarros, como lo fueron los gallegos, como lo fueron... (entusiásticos aplausos interrumpen a Su Excelencia) todos los que se unieron bajo esas banderas, como los que combatieron durante tres años seguidos por la gloria y por la Patria, y como lo son hoy los que nos siguen en este Movimiento incontestable de transformar a España.

Yo os digo hoy aquí, al pie del monumento de Onésimo Redondo, delante de todos estos camaradas, ante el recuerdo de la sangre de nuestros mejores, que haremos todo lo que sea humanamente posible hacer para levantar y redimir a las tierras y los campos de España, para que no se pierda el agua de sus ríos y para alumbrar nuevas corrientes subterráneas; todo lo haremos por aquella España de las ilusiones de Onésimo, que colme vuestros anhelos y aspiraciones y que, como decía Solís, vuestros nietos, vuestros tataranietos y sucesores disfruten de esa Patria grande por la que los mejores dieron su vida y nosotros hicimos todavía poco.

¡Arriba España!
 (Una clamorosa salva de aplausos y gritos de ¡Franco, Franco, Franco! acogen las palabras del Caudillo.)
 Onésimo Redondo: ¡Presente!
 Caídos por Dios y por España:
 ¡Presentes!"

FRANCO RINDE HOMENAJE A ONESIMO

DIARIO NACIONAL-SINDICALISTA

Libertad

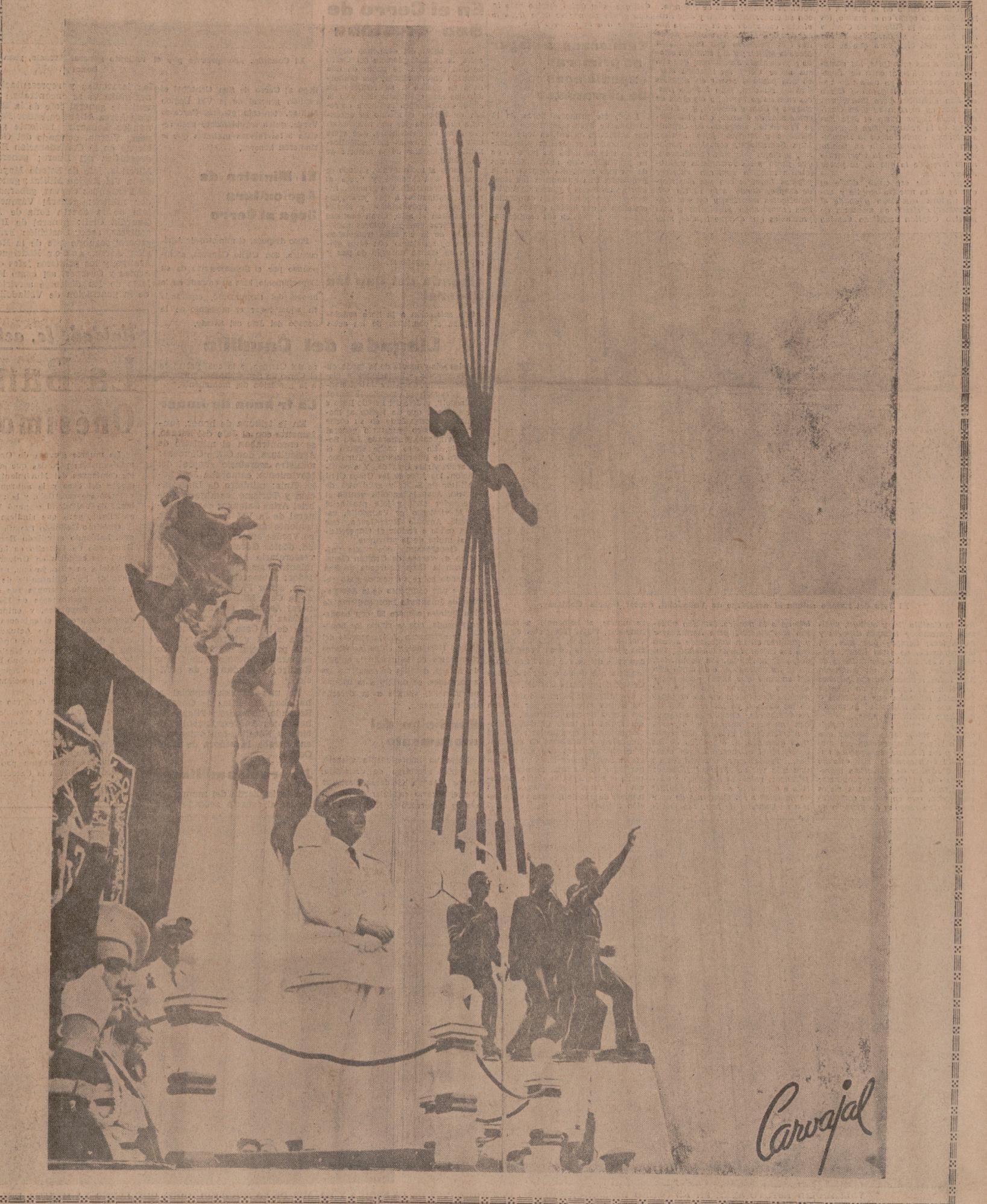
FUNDADO POR ONESIMO REDONDO EN 1931

Depósito legal: VA. N.º 3 1955

VALLADOLID, martes 25 de julio de 1961 — Epoca V — Año XXX — Número 7.105 — Precio: 1,50 pesetas

Sesenta mil personas le aclamaron ayer en el Cerro de San Cristóbal

Una jornada popular y falangista que quedará en la Historia



Junto a Franco, España entera por Onésimo

Tres ministros estuvieron presentes en el acto: los de Información y Turismo, Agricultura y Secretario General del Movimiento

Vibrantes discursos de los camaradas Ruiz-Ocaña, Cánovas y Solís Ruiz

En la paz como en la guerra, en la obediencia como en el mando, los camaradas de la Falange de Castilla han practicado siempre esa virtud difícil y más bien cara que se llama fidelidad.

Fieles a sus principios, los camaradas de Castilla, al cabo del tiempo, representando ya cada uno varias generaciones, llegaron al Cerro de San Cristóbal para unirse una vez más en torno a su gran Capitán para llegar hasta el Jefe Nacional de la Falange, para expresar al glorioso conductor de la Revolución Nacionalista su voluntad de seguir siendo la vanguardia en la tarea de la que no se puede volver atrás.

Ayer, desde ese cerro, desde el que se divisa nuestra amplia y linda llanura castellana y donde el monumento alzado en memoria de nuestro Capitán castellano domina

la provincia heroica; y los de Palencia, con su Gobernador Civil y Jefe Provincial, camarada de la primera hora, que nos hicieron recordar aquellas tres banderas que ostentó la Medalla Militar; y allí también estaba representada Salamanca, que con sus nueve Centurias también marcó una pauta a seguir en aquellos días ya remotos, pero todavía frescos en nuestra mente, y los otros de Burgos y León y Segovia, y los cien camaradas de Murcia, con el Subjefe Provincial, Delegado de Organizaciones y muchos jefes locales; Luys Santamaría, consejero nacional, y viejos fanáticos barceloneses, que junto a los falangistas vallesanos también supieron rubricar páginas heroicas con sus cicatrices de sangre, dando a la Patria mil ochocientos muertos, y así seguiríamos enumerando provincias y más provincias que aunque lejanas, muy

dad que es el único camino para ir con gloria adonde se debe ir: a la muerte o a la victoria final.

Comienzan a llegar las primeras expediciones de camaradas

Desde las primeras horas de la mañana de ayer comenzaron a llegar a nuestra capital, en toda clase de vehículos, camaradas procedentes no sólo de todos los pueblos de la provincia, sino representaciones de los más apartados lugares de la Península. Una animación inusitada invadía las calles y plazas de Valladolid, junto a los viejos camaradas castellanos, que habían dejado, como en otros tiempos, la mies en sus campos pa-

En el Cerro de San Cristóbal.

Horas antes del comienzo de los actos, la extensa planicie del Cerro de San Cristóbal se pobló de una multitud entervivada, que desbordaba en cuanto a su número los cálculos más optimistas. No sólo la cima, sino también la nueva carretera de acceso al mismo se encontraba abarrotada por una muchedumbre llena de entusiasmo, que vivía una de las jornadas más auténticamente falangistas de la historia de Valladolid.

Y junto al monumento, situado de espaldas a Valladolid y "cara al sol", se levantaban dos grandes tribunas destinadas a las jerarquías nacionales, provinciales y locales que asistían al acto. Gran cantidad de banderas con los colores nacionales y de la Falange tremolaban al viento, señalando con hitos gloriosos un cuarto de siglo de paz y prosperidad españolas.

Llegada del Capitán General

Con antelación a la hora señalada para el comienzo de los actos



El Caudillo, acompañado por el teniente general Asensio, pasa revista a las tropas que rindieron honores.

El Ministro de Agricultura llega al Cerro

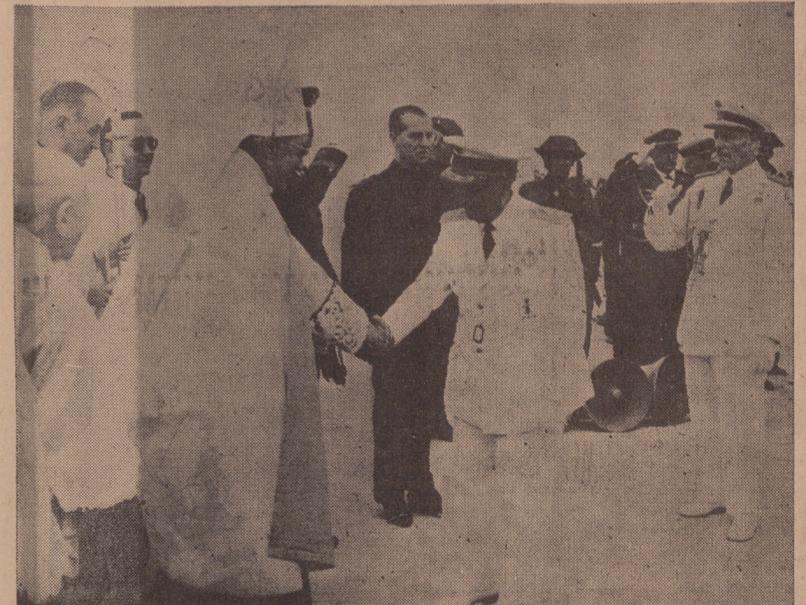
Poco después, el ministro de Agricultura, don Cirilo Cánovas, acompañado por el Subsecretario de su Departamento, hizo su entrada en la meseta del monumento, esperando en aquel lugar el momento de la llegada del Jefe del Estado.

llegó al Cerro de San Cristóbal el capitán general de la VII Región Militar, teniente general Carrasco Verde, quien seguidamente pasó revista a las fuerzas militares que le rindieron honores.

Jerarquías civiles y de Movimiento

A ambos lados del monumento, en dos amplísimas tribunas, se colocaron las jerarquías del Movimiento y autoridades provinciales y locales.

En la tribuna de la izquierda, y en sitio preferente, figuraban los camaradas exministros José Antonio Girón de Velasco y Raimundo Fernández Cuesta; director general de Prensa, camarada Muñoz Alonso; delegado nacional de Provincias, camarada Taboada; delegado nacional de Organizaciones, camarada Fernández Galar; jefe na-



El Jefe del Estado saluda al arzobispo de Valladolid, doctor Garcia Goldáraz.

toda la Castilla fiel y austera, pudimos recordar tiempos difíciles y nostálgicos; tiempos que ayer, en el transcurso de unas horas, volvieron a ser vividos por miles de camaradas. Allí, en un compacto haz, todos reunidos en ese páramo castellano, se adhirieron en nuestra memoria rectores que volvimos a vivir con toda intensidad lo mismo que hace veinticinco años...

Allí nos encontramos con infinitud de camaradas y amigos que con nosotros compartieron las alegrías y las tristezas en aquellos risos del Guadarrama; allí estaban los camaradas de Barcelona representando a su ciudad y provincia; allí estaba Zamora con sus viejos camaradas, que en varios combates mantuvo su rango y su ejemplo de

lejanas a lo nuestra, también vinieron a Valladolid para hermanarse y fundirse en un indisoluble abrazo con los camaradas de Onésimo... Todos, pese al tiempo, tan devastador, no se ha borrado el olor agrio aún del engrudo que sirvió para pegar aquellos primeros pasquines de nuestra Revolución en las esquinas de las calles o en las revueltas de las carreteras, cuando se anunciaban nuestros mítines y nuestras concentraciones; ni aquel olor a pólvora quemada, ni el silbido de las balas, ni el estruendo de las bombas... Todos ayer confundidos en una sola voz de ¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!, volvió la Falange de Castilla a demostrar su virtud cardinal de fidelidad a los Capitanes de ayer y a su Caudillo de hoy. Esa fidel-

ra unirse al homenaje a nuestro fundador, viejos falangistas de provincias hermanas, portando banderas y estandartes, eran primicia inequívoca del fervor patriótico y falangista que desde el Cerro de San Cristóbal inundaría Castilla.

Un interminable rosario de cuentas azules serpenteaba por la loma del Cerro de San Cristóbal. Camisetas azules un tanto pardas, reliciosos auténticos de aquellos risos del Guadarrama, cuajadas de medallas y condecoraciones que gritaban a las nuevas generaciones el eterno heroísmo de Castilla, mientras cortaban el aire aquellas viejas canciones guerreras mezcladas con los himnos de paz de nuestra Organización Juvenil.

Llegada del Caudillo

A las seis y media de la tarde, entre fervorosas aclamaciones y clamorosos gritos de ¡Franco! ¡Falange! ¡Franco! ¡Falange!, ¡Franco! ¡Falange!, el Jefe del Estado llegó a la explanada que da frente al monumento, acompañado en su coche por el ministro secretario general del Movimiento, camarada José Solís Ruiz. En otro coche seguía el ministro de Información y Turismo, camarada Arias Salgado. Y a continuación, los jefes de las Casas Civil y Militar de S. E. y ayudantes de servicio. Acompañados venían el gobernador civil y jefe provincial del Movimiento de Valladolid, camarada Antonio Ruiz-Ocaña, que había salido a recibir al Generalísimo al límite de la provincia.

El Generalísimo, que vestía uniforme de verano de Capitán General, con la Cruz Laureada de San Fernando sobre su pecho, pasó revista a una compañía de la Agrupación de Infantería Independiente de San Quintín número 32, con banderas y banda, que le rindió los honores de ordenanza. A los acordes del Himno Nacional, y entre los vítores clamorosos de la multitud, el Jefe del Estado, después de saludar a las autoridades, se dirigió a la tribuna presidencial, situada a la derecha del monumento.

Bendición del monumento

Entre un impresionado silencio, el señor arzobispo de Valladolid, doctor García Goldáraz, asistido por el Vicario capitular de la diócesis y el parroco de Nuestra Señora de Carmen, a la cual pertenece el Cerro de San Cristóbal, procedió a la bendición del monumento.

La tribuna de honor

En la tribuna de honor, juntamente con el Jefe del Estado, se encontraban el ministro de Agricultura, don Cirilo Cánovas; ministro secretario general del Movimiento, camarada José Solís Ruiz; ministro de Información y Turismo, camarada Gabriel Arias Salgado; capitán general de la VII Región Militar, teniente general señor Carrasco Verde; arzobispo de Valladolid, doctor García Goldáraz; vicese secretario general del Movimiento, camarada Herrero Tejedor; subsecretario de Agricultura, señor Pardo Canalís; jefe de la Casa Militar, teniente general Asensio; segundo jefe de la Casa Civil, Conde de Casa Loja; gobernador civil y jefe provincial del Movimiento, camarada Antonio Ruiz-Ocaña Remiro, y ayudantes de servicio.

En una tribuna especial se hallaban las hijas de Onésimo Redondo, Mercedes y Pilar y sus hermanos Andrés, Eugenia, Albina y Natalia, con quienes se encontraba la señora de Ruiz-Ocaña.

Jerarquías militares

A la izquierda del monumento, en el espacio acotado para

ra de Carmen, a la cual pertenece el Cerro de San Cristóbal, procedió a la bendición del monumento.

En la tribuna de honor, juntamente con el Jefe del Estado, se encontraban el ministro de Agricultura, don Cirilo Cánovas; ministro secretario general del Movimiento, camarada José Solís Ruiz; ministro de Información y Turismo, camarada Gabriel Arias Salgado; capitán general de la VII Región Militar, teniente general señor Carrasco Verde; arzobispo de Valladolid, doctor García Goldáraz; vicese secretario general del Movimiento, camarada Herrero Tejedor; subsecretario de Agricultura, señor Pardo Canalís; jefe de la Casa Militar, teniente general Asensio; segundo jefe de la Casa Civil, Conde de Casa Loja; gobernador civil y jefe provincial del Movimiento, camarada Antonio Ruiz-Ocaña Remiro, y ayudantes de servicio.

En una tribuna especial se hallaban las hijas de Onésimo Redondo, Mercedes y Pilar y sus hermanos Andrés, Eugenia, Albina y Natalia, con quienes se encontraba la señora de Ruiz-Ocaña.

Entre un impresionado silencio, el señor arzobispo de Valladolid, doctor García Goldáraz, asistido por el Vicario capitular de la diócesis y el parroco de Nuestra Señora de Carmen, a la cual pertenece el Cerro de San Cristóbal, procedió a la bendición del monumento.

En la tribuna de honor, juntamente con el Jefe del Estado, se encontraban el ministro de Agricultura, don Cirilo Cánovas; ministro secretario general del Movimiento, camarada José Solís Ruiz; ministro de Información y Turismo, camarada Gabriel Arias Salgado; capitán general de la VII Región Militar, teniente general señor Carrasco Verde; arzobispo de Valladolid, doctor García Goldáraz; vicese secretario general del Movimiento, camarada Herrero Tejedor; subsecretario de Agricultura, señor Pardo Canalís; jefe de la Casa Militar, teniente general Asensio; segundo jefe de la Casa Civil, Conde de Casa Loja; gobernador civil y jefe provincial del Movimiento, camarada Antonio Ruiz-Ocaña Remiro, y ayudantes de servicio.

En una tribuna especial se hallaban las hijas de Onésimo Redondo, Mercedes y Pilar y sus hermanos Andrés, Eugenia, Albina y Natalia, con quienes se encontraba la señora de Ruiz-Ocaña.

Entre un impresionado silencio, el señor arzobispo de Valladolid, doctor García Goldáraz, asistido por el Vicario capitular de la diócesis y el parroco de Nuestra Señora de Carmen, a la cual pertenece el Cerro de San Cristóbal, procedió a la bendición del monumento.

En la tribuna de honor, juntamente con el Jefe del Estado, se encontraban el ministro de Agricultura, don Cirilo Cánovas; ministro secretario general del Movimiento, camarada José Solís Ruiz; ministro de Información y Turismo, camarada Gabriel Arias Salgado; capitán general de la VII Región Militar, teniente general señor Carrasco Verde; arzobispo de Valladolid, doctor García Goldáraz; vicese secretario general del Movimiento, camarada Herrero Tejedor; subsecretario de Agricultura, señor Pardo Canalís; jefe de la Casa Militar, teniente general Asensio; segundo jefe de la Casa Civil, Conde de Casa Loja; gobernador civil y jefe provincial del Movimiento, camarada Antonio Ruiz-Ocaña Remiro, y ayudantes de servicio.

En una tribuna especial se hallaban las hijas de Onésimo Redondo, Mercedes y Pilar y sus hermanos Andrés, Eugenia, Albina y Natalia, con quienes se encontraba la señora de Ruiz-Ocaña.

Unidad, fe, actividad y servicio

La Bandera de Onésimo Redondo

La muerte alevosa de Onésimo Redondo causó una de las más sensibles pérdidas que la España Nacional experimentó en los comienzos del Movimiento, que había de salvar definitivamente del caos y la anarquía a nuestra Patria. Sin duda se necesitó ese sacrificio, y la sangre generosa del Jefe de la Falange de Valladolid empapó la semilla derramada en el campo castellano, para que rindiese mayor fruto.

Onésimo Redondo fue un ilustre abogado y político español, que, habiendo estudiado Bachillerato en Valladolid, alcanzó el Doctorado de Derecho en la Universidad de Salamanca. Continuó sus estudios en Universidades extranjeras al tiempo que trabajaba en ellas, ya que, nacido en Quintanilla de Abajo (Valladolid), hoy Quintanilla de Onésimo, en honor de este caudillo falangista, siempre fue afanoso en laboriosidad. Volvió a España, precisamente en 1931, cuando acababa de ser proclamada la República, y entonces comenzó su carrera política, fundando pronto el entonces semanario LIBERTAD, y aquella Junta Castellana de Actuación Hispánica, que fue el primer color de la Bandera de Onésimo, la cual vino a fundirse con las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista, señalando el contacto espiritual de Onésimo Redondo con Ramiro Ledesma Ramos. Más conocido es después el 4 de marzo de 1934 en su trascendencia con la proclamación de F. E. y de las J. O. N. S. en Valladolid.

La Bandera de Onésimo siempre ondeó colores de unidad y de fe; de actividad y servicio... señalando bajo el cielo de Castilla el nuevo camino de elevación del ideal de los jóvenes; destaca "El Diario de Avila" el lunes, 27 de junio de 1936, al dar noticia de su muerte, la condición ejemplar de caballero cristiano, que lo primero que hizo al salir de la cárcel, liberado por las fuerzas que habían proclamado el Bando del Alzamiento Nacional, fue ir a la Catedral, confesar, comulgar y oír misa...

(De "Diario de Avila")



VALLADOLID ESTUVO AYER EN EL CERRO DE SAN CRISTÓBAL. DOS MOMENTOS DE LA SUBIDA Y BAJADA DE LA MUCHEDUMBRE, QUE LLENO LA MESETA DEL CERRO

Junto a Franco, España entera por Onésimo

EMOCIONADO HOMENAJE POPULAR AL CAPITAN DE CASTILLA

Una verdadera peregrinación al Cerro de San Cristóbal

(Viene de la pág. anterior)
 cional de Educación y Descanso, camarada José María Gutiérrez del Castillo; delegado nacional de Educación Física y Deportes, camarada José Antonio Elosa; delegado nacional de Juventudes, camarada López Cancio; presidente de la Diputación de Madrid, Marqués de la Valdivia; delegada nacional de la Sección Femenina, camarada Pilar Primo de Rivera, acompañada de la regidora central auxiliar de la Secretaría Técnica y auxiliar cultural, camaradas Mónica Plaza, Soledad Santiago y Pilar González, así como la delegada provincial de la Sección Femenina de Valladolid, camarada Toñuca Trapote; lugarteniente de la Guardia de Franco, camarada Murga; inspector nacional de la Vieja Guardia, camarada Arredondo; secretario nacional, camarada Carlos Díaz, y vocales de la Junta Nacional; mandos nacionales sindicales, secretarios nacionales, consejeros nacionales, miembros de la Junta Política y los gobernadores civiles y jefes provinciales del Movimiento de Madrid, camarada Jesús Aramburu; de Avila, camarada Vaca de Osma; de Segovia, camarada Murillo de Valdivia; de Palencia, camarada Frago de Toro; de León, camarada Alvarez de Rementeira; de Sevilla, camarada Altuzano; de Zamora, camarada Hellin Sol; de Soria, Murcia y Salamanca, camarada Otero.

señor Martínez; de Industria, señor Muñoz Repiso; de la Jefatura Agronómica, señor Alonso Lasheras; lugarteniente provincial de la Guardia de Franco, camarada Gutiérrez del Castillo; jefe superior de Policía, señor Verona; consejero nacional del Movimiento y Palma de Plata, camarada Anselmo de la Iglesia; delegado provincial de Sindicatos, camarada Buj Crespo; delegado provincial de Trabajo; miembros de la Junta Provincial de la Vieja Guardia y Consejo Provincial; alcalde de Zamora, camarada Pastor Omedo, y presidente de la Diputación de esta provincia, camarada Almazán-Casaseca; y de

más jerarquías vallisoletanas y jefes y subjefes de otras provincias, así como los respectivos Consejos Provinciales, y la Redacción en pleno de LIBERTAD. Al mando del delegado provincial de Organizaciones y de la Vivienda, camarada Felipe Santandez, con su secretario, camarada Hernández, daban frente al grupo escultórico la Vieja Guardia de Valladolid, excombatientes, Hermandad de Alféreces Provisionales, División Azul y marineros de la Cruzada; Guardia de Franco, Mutilados de Guerra, miembros de la Organización Juvenil y Sección Femenina. Tras estos camaradas la multitud se agolpaba vitoreando insistentemente al Jefe del Estado.

Discurso del camarada Ruiz-Ocaña

"En bronce, Onésimo presidirá nuestros trabajos y dirigirá nuestros esfuerzos"
"Ante vos tenéis la Falange de Valladolid, entera, recia y leal"

Inició el acto el gobernador civil y jefe provincial del Movimiento de Valladolid, camarada Antonio Ruiz-Ocaña, quien pronunció un brillante discurso, en el que dijo:

"Gracias, señor, por vuestra valiosa presencia.
 Ante vos tenéis la Falange de Valladolid entera, recia y leal, que os rinde la más afectuosa acogida que siempre vos os merecéis.

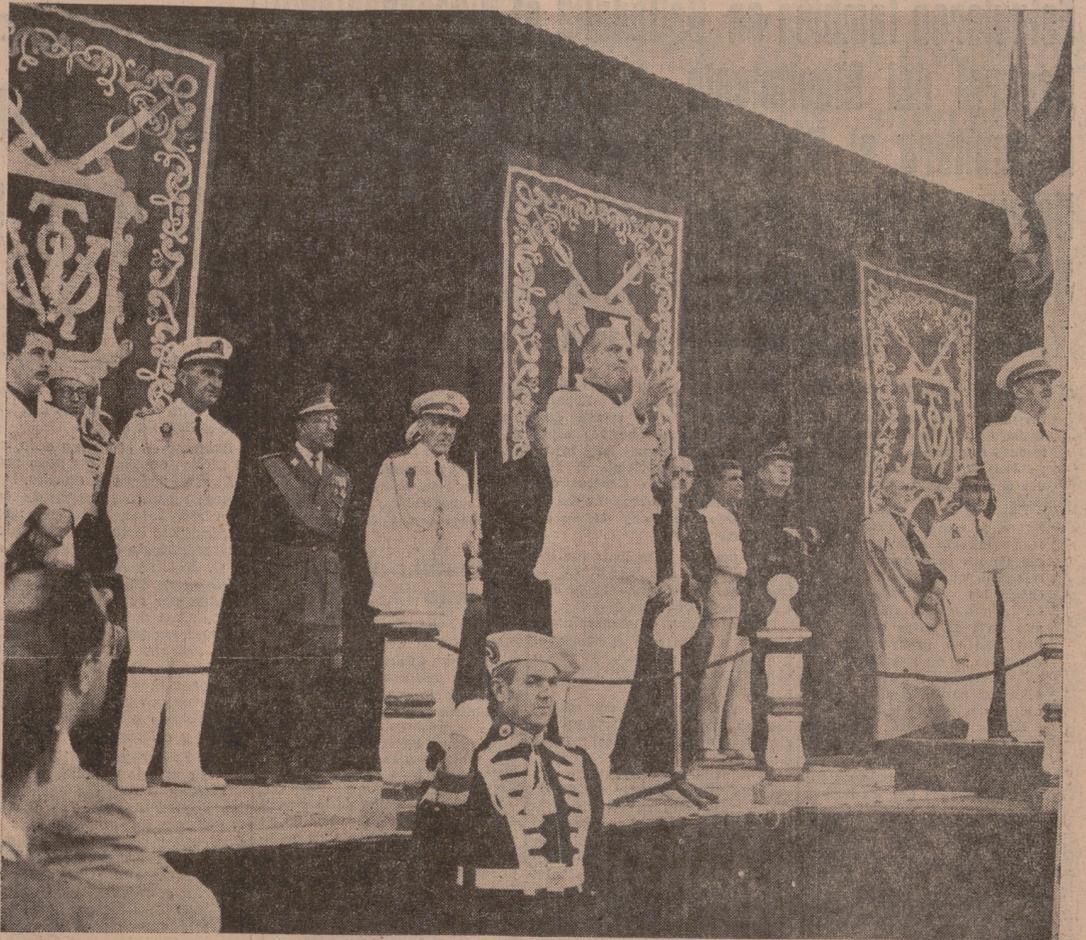
Valladolid entera vibra hoy de entusiasmo ante vos y os rinde tributo de agradecimiento, admiración y cariño. De la capital, siempre histórica y gloriosa, y de los pueblos y tierras que la circundan, acuden hombres con sus rostros curtidos del sol, con sus ilusiones y sus esperanzas, para rendir tributo emocionado a vuestra persona y al hombre grande, extraordinario e inmenso que fue Onésimo Redondo.

Gracias también a las jerarquías y a todos los hombres procedentes de las provincias hermanas y de otras lejanas tierras españolas que honraron los caminos para acudir entusiastas y fervorosos a este acto.

Commemoramos hoy el XXV aniversario, en el cual, en las cercanas tierras de Labajos, perdió la vida uno de los mayores héroes que supo escribir con ella y con su ejemplo una de las páginas más gloriosas de la Historia de España: Onésimo Redondo.

En aquella España fofa, estrecha y chata que transcurrió del año 30 al 36, este hombre expresó toda su inquietud y su descontento ante una España que no le gustaba. La injusticia social que existía en aquellos momentos; la situación económica triste, desagradable y amarga de los hombres del campo; la división de los españoles en banderías y facciones; la cobardía y el abandonismo ante las graves situaciones internacionales; el espíritu exacerbado de regionalismo que dividía las tierras españolas, y Onésimo con sus mejores camaradas, luchó con toda su alma y con todas sus ilusiones para lograr la unidad entre los hombres y entre las tierras de España.

Aquí queremos rendirle hoy nuestro profundo agradecimiento porque nos dio dos cosas: una doctrina que vive con toda su eficacia, y con toda su vitalidad al transcurso



El camarada Solís Ruiz, ministro secretario general del Movimiento, durante su vibrante discurso.

de los veinticinco años, y su vida, que dio por España, quemándola en un holocausto glorioso para que en este momento podamos tener la España grande, gloriosa y entera que vos tan dignamente acaudilláis.

Desde lo alto de este Cerro, en este monumento hecho con los esfuerzos y sacrificios de Valladolid entera y con la iniciativa de ese gran gobernador civil de Valladolid que fue el camarada Jesús Aramburu, en bronce Onésimo y en espíritu desde los tuceros presidirá nuestros trabajos y dirigirá nuestros esfuerzos para que esta Falange vallisoletana, que siempre ha sido gloriosa, trabaje y luche continuamente, inasequible al desaliento, para lograr con su esfuerzo material y si es necesario, con la entrega de

sus vidas, la consecución gloriosa de una España mejor.

Y a vos, señor, una vez más nuestra lealtad; una vez más nuestra entrega total y una vez más hasta la sangre de nuestras venas y la de nuestros hijos, para que con vuestra pluma gloriosa, podáis continuar escribiendo la mejor Historia de España que se ha escrito en muchos siglos.

¡Viva Franco! ¡Arriba España!"

Habla el Ministro de Agricultura

A continuación, el ministro de Agricultura, don Cirilo Cánovas, dirigió la palabra a la multitud. Su discurso fue interrumpido varias veces con entusiastas aplausos.

DISCURSO DEL MINISTRO SECRETARIO GENERAL DEL MOVIMIENTO

"Onésimo murió, pero sigue viviendo entre nosotros"

"No estamos solos porque se pasaron a nuestras filas muchos de los que estaban en el lado de enfrente"

"Onésimo, el bravo Capitán que lo dió todo por la Patria predicó en estas tierras una doctrina que arrancó a los estudiantés, a los labradores y a (Pasa a la pág. siguiente)



El jefe provincial del Movimiento de Valladolid, camarada Ruiz-Ocaña, en un momento de sus palabras.



Franco, con los miembros del Gobierno que le acompañaban, observa desde la tribuna el fervor de los vallisoletanos ante su presencia.



Solís Ruiz pronunciando su vibrante alocución.

Junto a Franco, España entera por Onésimo

Estuvieron también en Valladolid el Vicesecretario General del Movimiento, el Subsecretario de Agricultura, el Director General de Prensa y los Delegados Nacionales de Provincias, Organizaciones, Sección Femenina, Juventudes y Deportes Y los exministros Girón y Fernández Cuesta

(Viene de la pág. anterior)

los obreros de sus centros de trabajo para crear un movimiento que, unido al que creara José Antonio, quería resolver el problema de España.

Habló Solís de una España nueva, de una auténtica transformación del campo, así como de un programa fecundo, mientras que otros sólo buscaban los votos para medrar en la política. Muró pero sigue viviendo entre nosotros y nos legó su programa y su auténtica fe en España. Y con su fe formó el mejor de los ejércitos para España, con el mejor de los capitanes.

No estamos solos —añadió Solís— porque se pasaron a nuestras filas muchos de los que estaban en el lado de enfrente, ganados por los hechos y grandeza de España. Queda mucho aún por hacer. Pero no nos asustamos. Queremos nuevas metas que alcanzar, porque hay buenos soldados que tienen por jefe al mejor

Capitán. Con él y con ellos conseguimos la España grande, justa y eterna que queremos para nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos. Así, terminó diciendo el Ministro Secretario General del Movimiento, no será baldío el esfuerzo nuestro y el de su muerte.

El camarada Solís Ruiz fue interrumpido varias veces en el transcurso de su intervención con clamorosas ovaciones.

Finalmente, el Generalísimo Franco, visiblemente emocionado, pronunció su discurso, siendo constantemente aclamado por la multitud.

En varios pasajes del mismo sus palabras fueron interrumpidas por los gritos de ¡Franco! y ¡Falange!

Terminada su intervención, un rotundo "Cara al Sol" surgió de las setenta mil gargantas, pronunciando el Jefe del Estado el grito de Onésimo Redondel, que fue contestado por la multitud con el más enérgico "Presente" que ha escuchado Castilla.

Otras rotas del acto

Finalizado el acto, el Ministro Secretario se dirigió a la tribuna ocupada por los familiares de Onésimo, y acompañó a sus hermanos e hijas hasta el lugar donde se encontraba el Generalísimo, a quienes saludó muy afectuosamente.

El Caudillo o abandona Va ladoii

El Jefe del Estado abandonó el Cerro de San Cristóbal entre las incascentes aclamaciones de la multitud, rodeando enfervorizada al automóvil, que difícilmente podía abrirse paso entre aquel compacto grupo de camisas azules y brazos en alto, que le gritaban una y otra vez la adhesión incondicional de toda la provincia de Valladolid.

En todas las calles de la ciudad por las que pasó el Caudillo se repitieron las muestras de entusiasmo, así como en todos los pueblos de su recorrido hasta Burgos.

Perennidad luminosa de una creación

Impresiona ver la frescura de sus ideas, su juventud permanente

Hace veinticinco años, en Labajos, fue muerto Onésimo Redondel.

Hace veinticinco años acabo violentamente una vida que se dedicó en toda su hondura y en toda su proyección a reivindicar una justicia social y a poner a España en pie.

Estamos en el último acto, en el último escalón. Un paso más y España rodará al abismo. Entonces nacen las Juntas de Acción Hispánica, entonces nace el Sindicato Remolachero, claros antecedentes y hermanos de las J. O. N.-S. de Ramiro Ledesma.

"Luchar hoy para salvar a España por su independencia.

Los ricos deben ir delante en esta guerra patriótica.

El sistema del porvenir será fatalmente obrerista o de justicia social.

O comunismo antinacional y sanginario o sindicalismo nacional y cristiano.

Que la burguesía elija a tiempo de qué lado le conviene caer. España y justicia social son las dos riberas por las que corre el caudal abundoso de su doctrina.

Doctrina realmente católica —recordemos sus artículos sobre la confesionalidad de los partidos políticos—, enraizada en esa asombrosa humanidad que da Castilla.

"Nosotros creemos en el derecho de los españoles a una Patria grande, libre y unida."

"Somos revolucionarios porque queremos convertir en una realidad, dar forma orgánica a los principios cristianos de redención obrera. Para conseguir la mayor justicia en la distribución y goce de los bienes materiales y de los bienes de cultura, propugnamos el Sindicalismo."

"La redención del proletariado es una cruzada nacional que obliga en primer término a los poderosos."

"El dinero que os sobra y otros necesitan para pan o para nutrir sus entendimientos de verdad, no es vuestro."

El que os lo pida, lo demanda en justicia. Entregado antes de que os lo quiten."

España y justicia social. Y con estas metas Onésimo hizo doctrina, sin concesiones a la retórica, a la sensiblería o a la demagogia. Es su estilo so-

trio y seco, sus párrafos breves, directos, inflexibles, certeros, sagazando sin compasión, pero con amor, en el pus que está ahogando la vida de España.

Como buen castellano, Onésimo tenía pasión por el Derecho, y esa pasión le llevó a montar su doctrina política para el Estado Nuevo sobre una estructura jurídica tan clásica y tan perfecta, que llega a constituir un verdadero Código.

Impresiona ver ahora, a los veinticinco años de su muerte, la frescura de su ideas, su juventud permanente.

Onésimo—como José Antonio, como Ramiro—fue un hombre hecho en la dura disciplina de la mente, hecho en el rigor de la más exigente dialéctica y trasladado por su pasión española a una vida activa y proyectada hacia fuera. Por ello los pasos de Falange Española, todos los actos de las JON-S, por debajo de la llama roja de una pasión, muestran las líneas exactas y puras de una teoría apretada, exacta, proporcionada y rítmica.

España, en Valladolid, rinde un homenaje no a la memoria de un glorioso cadáver, sino a la perennidad luminosa de una creación. "No hay que vivir. Hay que crear", decía ya a las "aerchenas" de su tiempo. Hay que levantar un fervoroso aján de España. Hay que dejarse de nimiedades estúpidas, de diviaciones de barrio y alzar la gloria triunfal de una creación que nos encadena y nos una a todos.

En esa creación dolorosa y alegre, en esa construcción de España y de la justicia, cayó Onésimo camino del frente de combate.

Hoy no es un recuerdo. Es la presencia viva de la creación lograda.

Y aún nos tiemblan los huesos cuando oímos de sus labios aquel mandato que hoy, como entonces, sigue vigente: "Abandonad por el tiempo que la Patria lo pida vuestro confiado vivir."

Esas palabras, dichas el 18 de julio de 1932, dibujaban ya las exigencias del otro 18 de julio, del 18 de julio definitivo.

A él y a todos nos ha tocado en los designios de Dios hacer a España y establecer la justicia en su templo y —¡gracias a

Dios!— sigan otros con sus festi-vir en inquietud y en exigencia nes— nos ha tocado abandonar permanentes. nuestro confiado vivir, para vi-

De "Hierro")



Franco pronunciando su importante discurso.

ONESIMO Y FRANCO

Por ellos, el impresionante e histórico acto de ayer

Si hubiera que señalar una característica determinada, absoluta, del acto de ayer en el Cerro de San Cristóbal, ¿por cuál decidir? ¿Por la emoción, por la memoria y sentimiento doloroso del XXV aniversario de Onésimo; por la alegría entusiasta de contemplar la inauguración de su monumento; por el no menor alegre encuentro de los viejos camaradas, sobre todo campesinos —viejos jonsistas y hoy ya hombres y hasta viejos con canosos cabellos— concentrados —y unidos, que es lo verdaderamente importante— por el recuerdo y fidelidad a Onésimo; por el gran contento, la satisfacción de la presencia de Franco; por nuestra gratitud por su asistencia y palabras; por el entusiasmo y popularidad reinantes en el excepcional, grandioso e importante acontecimiento?

Para todo habría razón sobrada. Pero si algo primordial y principalmente debía brotar de los fervorosos asistentes a él, sería la emoción su más acusada y sobresaliente característica. Ella podría dar los motivos fundados para ello, dentro de la celebración y virtualidad de la inauguración, en la que la presencia y fuerza de la personalidad de Onésimo —con lo que siempre será dolor por su muerte para sus entrañables camaradas— movilizó a las buenas, sencillas, generosas y leales gentes de nuestros núcleos campesinos, en los que Onésimo encontró tan magnífico terreno para su doctrina, su obra y su lucha.

Jóvenes de entonces hoy acudían con rostro de hombres maduros, con hombría de padres de familia, con cabezas encanecidas, cuya recíproca contemplación justamente podía emocionar a quienes desde los tiempos fundacionales se conocieron y unieron con lazos de acorazada camaradería, vigente y vigorosa hoy.

En tales, como en otros, aunque no llegasen a militar con Onésimo en los tiempos de combate, de hostilidades e incomprendiones, estaría presente su dolor, más que renacido, posiblemente aumentado, ante el monumento al Capitán que les aleccionó con sus ideas y ejemplo y les mandó con su voz a su vida y su muerte también.

¿Cómo va a desaparecer entre ellos, entre nosotros, este sentimiento por muchos años que vayan pasando por nosotros y que vayamos teniendo menos de vida y por mucha literatura que "se eche" inútil o estúpidamente para embrumar el recuerdo? Imposible. Ni pallado, ni quebrado creemos que podría quedar este sentir ni aun con la grande alegría de ser testigos del monumento de sus JON-S, de su Falange para perpetuar de modo grandioso el recuerdo de todo su ideario, su vivir y su morir.

Legítima e indiscutible satisfacción que no puede estar en contra de los deseos de ninguno de sus seguidores de antes o de ahora, en unidad reconfortante de viejos camaradas, de antiguos y nuevos discípulos, reunidos para honrar al Maestro y al Jefe.

Caras conocidas de aquí y de allá, de este magnífico campo castellano, digno de tan magnífico y digno Capitán. ¿Cómo no alegrarse con esta visión, con este contacto y unión entre viejos luchadores que conservan la mejor de las fidelidades, emociones y recuerdos para el hombre al que un día empezaron a seguirle hasta los momentos de la guerra, en los que se puso a prueba —de verdad, con sangre de verdadera obediencia y leal-

tad— la entrega y servicio heroico a su pensamiento y a su voz inequívoca, revolucionaria, salvadora y sincera?

¿Qué difícil será que se borre este nuevo motivo de recuerdo impercedero de nuestro fundador de las universitarias y labriegas JON-S, de nuestra tierra!

La presencia de Onésimo no se borrará. Ni la voz del Caudillo Franco en ceremonia tan solemne e inolvidable y de tanto valor simbólico y efectivo y real para la historia de la Falange vallesoleta.

¿A qué más podemos aspirar? ¿Qué más podíamos desear que fuese el propio Franco, el ganador glorioso de nuestra guerra, y nuestra paz, el que viniese a dar categoría nacional e histórica a este emocionante e impresionante acto?

Su gesto por Onésimo, por su Falange y por Valladolid se conservará como merece por su dimensión y trascendencia, por la consideración y preferencia que supone dar así tan alta resonancia y honor a este homenaje al héroe castellano cuyo solo nombre para todos, para absolutamente todos, propios y extraños, dice todo: ONESIMO.

Y a tan alto honor, alta gratitud. Nuestro agradecimiento sin límite por venir a Valladolid a dar honores a tan buen Capitán de la buena causa que Franco supo hacer suprema y victoriosa razón guerrera.

Gracias a Franco, la emotividad, la alegría, el entusiasmo y la popularidad fueron aún mayores de lo que hubiera sido el espectáculo que por él adquirió rango y asistencia popular y entusiasmada en tan excepcional grado.

Gentes de todas las clases, militantes o no en nuestro campo; hombres, jóvenes, mujeres que posiblemente no se movilizasen para otra empresa, ayer lo hicieron, sí, por Onésimo y por Franco.

¡Que Dios nos dé vigor para la presencia en nuestra memoria de quien ya tiene en bronce el recuerdo y homenaje de quienes no han podido olvidarle, y que asimismo nos conceda el beneficio incommensurable de la vida y caudillaje de Franco, al que sí ayer aclamaron las gentes de Castilla, de nuestro campesinado, trabajadores de la ciudad, el pueblo, es porque en él ven la figura que la Providencia ha dado a España para que hoy subsista como nación en trabajo y paz, sin la esclavitud y tristeza de los pueblos sometidos al yugo soviético, del que nos liberó, y contra el que Onésimo nos adiestró para anularle, combatirle y vencerle.

Los más incrédulos ayer pudieron ser testigos de lo que el acto fue, del espectáculo significativo del camino de la capital a La Cistérniga o del Cerro de San Cristóbal a la ciudad, como una impresionante peregrinación por Onésimo y por Franco.

Lo que los ojos pudieron ver arriba en el Cerro y abajo en el llano buena lección fue para la camaradería de nuestras JON-S., de nuestras Falanges —Incluso de algunas bien lejanas de nuestra provincia—, de España y también —¿cómo no?— para los demás.

Onésimo y Franco han sido y son algo digno de tan multitudinario, fervoroso, entusiasmado e impresionante acto.

V. GOMEZ AYLLON



El monumento inaugurado por el Generalísimo.

ESPIGA DE ETERNIDAD

CASTILLA AZUL

(Viene de la pág. anterior) comenzado con los albores del ascenda a pie hacia la cumbre. Iban viejos y niños, jóvenes y mujeres, y gente del pueblo. Todo Valladolid, toda Castilla. Subía por las crestas, desde las eras con la siega en suspenso por estos días de fiesta. Mezcladas con los delegados nacionales, con las jerarquías, con los jefes, con los gobernadores, todos marcando el paso, con sabor de polvo de Castilla a la caída de la tarde.

Tremolaban al viento las banderas y en los mástiles se subían los chicos como sobre cucufias. Se empinaban y rivalizaban para ver mejor al Caudillo. Era un viento suave que jugaba con las nubes y hacía alejarse el sol, como queriendo prestar un servicio a la multitud. La vista que se contempla desde el Cerro es soberbia. Lo más puro de Castilla. Sesenta mil personas en lo alto, un bosque de camisas azules, siempre prestas cuando llega la ocasión para testimoniar su presencia al servicio de España. Y las madres y los hijos de quienes un día conquistaron a precio de sangre el Alto de los Leones. La esperanza brillaba en todos los ojos. Y cercando la cumbre, en plena meseta, desde donde toda Castilla por las camisas, por el cielo, por los montículos, se hacia también azul, cara al crepúsculo, el pueblo hecho de nuevo carne de fe, ansioso de futuro. Onésimo no ha muerto —proclamaba Cánovas— y sus ideas alcanzan el honor de la universalidad. Discurso hondo, de profunda resonancia, el del Ministro.

Cuando habló Solís, el temblor de la emoción más íntima sacudía a las gentes concentradas sobre el Cerro, aguantando a pie firme desde muchas horas, puesto que la subida había

Gran jornada. Entusiasmo indescriptible. No hay la más mínima exageración. No es preciso apelar al tópico ni al dilatado propagandístico. Los ojos que la han visto —y han sido muchísimos— darán fe de esta asombrosa peregrinación. Castilla, junto con las representaciones falangistas de toda España, se ha volcado en el Cerro de San Cristóbal, en una manifestación apoteósica, cuya descripción es casi imposible. Un mar de corazones en el Cerro. Alrededor, Castilla entera, vestida de azul en los pechos, en el cielo y en las cumbres, y Onésimo en ese monumento, hecho espiga de eternidad, cuando los trigos están ya granados. Como su vida, como su ejemplo, como su obra.

JESUS VASALLO

"Onésimo era un hombre de Castilla y con esto está dicho todo, porque Castilla es el fundamento de la nacionalidad española"

«El supremo quehacer de hoy estriba en robustecer la economía agraria y realizar una más justa distribución de la riqueza» Afirmó el ministro de Agricultura, don Cirilo Cánovas, durante su discurso

Camaradas:

Veinticinco años después nos reunimos aquí para negar la muerte de Onésimo Redondo. Basta con dirigir una mirada en derredor para percarnos de que aquel hombre de una pieza que se llamó Onésimo Redondo, inmolado en el sexto día de la Cruzada, alienta y vive no sólo en todos aquellos que con él compartieron el riesgo, la fatiga y la esperanza, sino en los jóvenes camaradas que no le conocieron, pero que han recibido el mensaje—y lo obedecen—de construir la Patria nueva a la que nuestro Capitán castellano aportó la piedra sillar de su inteligencia luminosa, su ejemplo sin tacha y su indomita bravura.

Estamos aquí para negar la muerte, si la muerte es olvido. Como cristianos y como españoles sabemos que la vida del hombre es tan efímera como un parpadeo de la eternidad. Por eso, camaradas, está escrito en nuestro breviario político que no existe nada que sea comparable ni superior a la dignidad de la persona humana, a su necesaria e inseparable libertad. En ninguna filosofía política como la del Movimiento está trazado con perfiles más vigorosos el principio que hace del hombre el eje de todo sistema y define, urge y exige que por él ha de empezarse la construcción de un orden nuevo, sea social, político, jurídico o económico.

Onésimo era un hombre de Castilla y con esto está dicho todo, porque Castilla es el fundamento de la nacionalidad española, el pilar sin fisuras de la unidad católica y la plataforma desde la que la Patria recién constituida se proyectó al cumplimiento militante de su destino histórico. Castilla es una agregación de tierras, ciudades, villas y minúsculas aldeas; pero por encima de su propia estructura física está su eterna metafísica; su idea de universalidad que desde antiguo ha regido el alma castellana.

Hombre de Castilla, Onésimo Redondo se sintió capaz de formular un sistema de ideas de virtualidad universal. Su credo tiene el alto vuelo de las águilas. No importa que muchas de sus palabras, muchos de sus escritos se lanzasen al ras del terreno que tan íntimamente comprendiera y apasionadamente amara. En sus precisas referencias a cuestiones locales, que en sus tiempos constituían el caballo de batalla del campo castellano, ni existe la miopía ni esa pasión aldeana que tantas buenas empresas ha invalidado, precisamente por falta de ambición y carencia de horizontes. Onésimo Redondo—tránsito del espíritu universalista de Castilla—lanza sus ideas a la manera trepidante y deportiva del despeje de los aviones: sólo unos metros de tierra para tomar impulso y, en seguida, remontar hacia los espacios abiertos.

Por eso, camaradas, al cabo de veinticinco años de su ausencia y de casi treinta de la iniciación de su vida pública, las gentes que hoy nos congregamos aquí—junto a centenares de miles de españoles dispersos por toda la geografía patria—aportamos el testimonio inequívoco de la vigencia del vasto repertorio ideológico que forjó la clarividencia política de Onésimo. Sus razones siguen siendo válidas al cabo del tiempo y su mensaje nos tiene seriamente comprometidos a la tarea de reestructurar España sobre la base de un orden político que configure la reconstrucción económica y la justicia social. Tened la seguridad de que cada vez que al lado de un punto cualquiera de su mensaje podamos poner una señal de que lo hemos cumplido, habremos resucitado a Onésimo, porque él no es ceniza, ni piedra, ni mármol, ni bronce, sino la pura y esquemática vertebración de una doctrina hecha de hueso y sangre como los entejutos castellanos.

ONESIMO: Un alma vaciada en el molde de la austeridad

En esta vuelta de nuestro camino, cuando se cumple un cuarto de siglo de su holocausto, la fabulosa figura de Onésimo no nos convoca aquí para una simple y primaria expansión sentimental. Ello equivaldría a un insensato y deleznable intento de empujarnos una de las más efectivas, limpias y decisivas presencias humanas que registra la Historia de España. Onésimo—y aquí reside la razón de su gran talla humana y política—pertenecía a esa clase privilegiada de hombres predestinados al sacrificio, su espíritu ardía como una gran luminaria, sin sujeción a una economía de fuerzas y a una previsión de reservas. Le rondaba quizá la sospecha de que su vida iba a sucumbir en el gran incendio de España y, por ello, sentía la prisas angustiosa de quemar etapas, de aproximarse, cuanto antes, al punto final donde cabalmente podría cerrarse el círculo de su pensamiento político. Sus camaradas, todos aquellos que sintieron caer sobre sus almas la semilla de la nueva doctrina, todos cuantos lucharon denodadamente a su lado, habrán de atribuir a aquella oscura y misteriosa adivinación de su destino la profética certidumbre de que sus horas estaban contadas, y de aquí, el torrente de impaciencia que Onésimo voló sobre el curso de una vida que pudo ser amable y tranquila, pero que él no estaba dispuesto a que se extinguiera sin pena ni gloria, sin honra y sin provecho para España, bajo el azul de la paramera castellana.

En la vida de Onésimo no hay un solo gesto ocioso. Todo en él es preciso, esquemático. Un alma vaciada en el molde de la austeridad y proyectada hacia una empresa sublime de ideales, carecía de fisuras para aposentar cuanto supusiera oropel y frivolidad. Luchaba contra el tiempo y su pensamiento se densificaba en una triunfal agonía. Hablaba, escribía, fundaba, pero, sobre todo, aleccionaba... Castilla conserva aún las huellas de su sandalia misionera y España ha sentido en la vastedad de su perímetro el paso de las legiones que un día pusiera en pie aquel joven e intrépido Capitán de las Falanges castellanas.

Y aquí, Señor, están sus hombres; aquí, todos aquellos que se confabularon para correr la hermosa aventura de turbar la siesta confiada de una España sin pulso y sin brío o para estorbar el juego marrullero de los que estaban dispuestos a lanzar a la Patria al fondo siniestro de las Internacionales. Aquí, los viejos camaradas que pidieron un puesto para morir y que en la ganada paz de España, se han reenganchado de por vida en las filas combatientes; aquí los que con su ímpetu y su sacrificio han ganado para la Patria, no una paz burguesa, sino una paz revolucionaria, a cuyo amparo hemos de construir ese orden nuevo que si en la guerra estuvo en el punto de mira de nuestros fusiles, hoy lo está en el de nuestra varonil impaciencia.

Están aquí, Señor, las gentes sobrias y leales de Castilla, las huérfas de pelo encanecido, pero de la misma sangre joven, febril y ardiente de Onésimo. No son gentes que estén en la orfandad, ni en el desánimo, ni en la disgregación. La devoción al Capitán caído, la lealtad a su formulación ideológica y la fidelidad a su memoria pasan hoy por el vértice supremo de la devoción, la lealtad y la fidelidad al Caudillo de España. En Vuestra mano está intacto el legado de los hombres sublimemente visionarios que atisbaron con meridiana claridad que era llegada la hora para lanzar a España por una vertiente contrapuesta al inmovilismo y la decadencia. En vos, Señor, se resume hoy la ilusión de España, su esfuerzo titánico, su fecundo desasosiego, su fructífero inconformismo y todos cuantos valores y virtudes son necesarios para lograr la movilización de un pueblo en torno del hombre soberanamente designado para realizar sus anhelos de justicia.

La sugestión de Onésimo es tal que no resulta fácil hurtarse a la tentación de considerar los matices de su personalidad. Una personalidad sugestiva que ejerce una atracción poderosa sobre quien se aventura por los caminos de su fértil y riguroso pensamiento. Pero es que esta sugestión es todavía más auténtica para un Ministro de Agricultura, por más que algunos tengan la falsa idea—engendrada por la inercia de los tiempos—de que la política agraria que incumbe hacer al Departamento es algo que se contrae exclusivamente al área de la técnica. En él nos habéis convocado, Señor para llevar a cabo uno de los empeños más apasionadamente queridos de la Revolución española que encarna el Movimiento. Desde el tenemos el deber de realizar una política que debe escribirse con mayúscula, porque no es política contra una clase y al servicio de otra, sino en favor de España y de quienes, presentes y futuros, configuran la Patria.

Al hablar de este tema surge inevitablemente la figura de Onésimo: alma tocada por la emoción del campo y, lo que es tan importante como el puro sentimiento, poseedor de un estricto y riguroso conocimiento de los problemas de la agricultura española. Sus campañas en pro de la cuestión triguera, sus diatribas contra la injusticia social, sus alaridos contra "una torpe política que deja en ocasiones al campo al borde de la ruina

y que no acude con remedios hasta que no es extremada la angustia del agricultor", son mandatos que no pierden vigencia.

Onésimo Redondo, más que execrar una política torpe y equivocada, lo que hacía era clamar por la instauración de una verdadera política agraria. Percibía claramente que el campo estaba huérfano de protección, abandonado a su propio impulso, carente de los problemas sociales y económicos de la tierra estaban sometidos a la presión—doble y contradictoria—de los caciques y los demagogos. En el centro de estas dos tensiones, la vida rural, la economía agraria, el bienestar de la población campesina se perdían en el seno de una nebulosa. Onésimo se percató de lo angustiados de la situación recorriendo los pueblos, conversando con los labradores, tomando el pulso de aquéllos que con aviesa intención y ridícula ignorancia alguien llamó "burgos podridos", y tuvo la virtud y el genio de dar unos vigorosos aldabonazos sobre la conciencia del agro, sacudiéndole de su modorra y gritar a todos que el campo tenía que estar arriba. Pensó por un momento en que el arriba que está unido inseparablemente a la invocación patriótica de España, lo está también al campo. Ese ¡Arriba el Campo! que como una frase litúrgica fue consagrado sobre el ara gigante de la tierra de Castilla, nos dice mejor que ninguna otra cosa que llevamos en la cabeza y en el corazón la idea de engrandecimiento, y en la mano cual si fuera la esteva de un poderoso arado, la acción que, inexorablemente, lo pondrá tan arriba, tan en lo alto como sonaba Onésimo, como soñaban los sencillos labriegos que tomaron el fusil el 18 de Julio, como lo queremos nosotros y como lo ambiciona el Caudillo que, en la guerra y en la paz, se ha hecho compañero inseparable de la victoria.

Sobre el campo se han volcado torrentes de literatura; el campo—bien lo saben los labradores castellanos—ha sido algo así como un comodín en el turbio juego de la más irresponsable demagogia. Cualquiera aficionado, cualquier mercachifle, cualquier osado de la política se ha servido del campo para realizar los más burdos juegos malabares. Muchos son los que han hablado, sin tasa y sin medida, de los problemas que comporta nuestra agricultura, pero muy pocos los que a la misma han dedicado un estudio ponderado y un análisis sereno.



El Ministro de Agricultura durante su discurso.

Están los que piensan que las cosas del campo marchan mal en pura apariencia porque los labradores tienen siempre una queja a flor de labios; quienes opinan que el problema agrario podría resolverse con medidas de fuerza y aquellos otros con criterio de adoptar un patrón extranjero para poner remedio inmediato a nuestros problemas de orden doméstico. Y así, por el camino del vituperio, de la violencia o del servilismo, los improvisados doctores de la ciencia agraria han cercenado las ilusiones del campo. Todavía recordamos aquellos tiempos en que unos predicaban el odio: otros, el egoísmo, y hasta los había que prometían el oro y el moro. Y, como es lógico, han sido muy pocos los que se pararon a pensar que el campo, la agricultura, es algo más que un problema político-social o que una cuestión técnico-económica que no se puede despachar de un plumazo en el "Boletín Oficial del Estado", ni solucionarse por medio de una operación quirúrgica de urgencia. El problema agrario—bien lo sabéis—es un problema total, humano, que no puede resolverse echando mano de armas elementales o apelando a los resortes de un melodramático sentimentalismo.

La posesión de la tierra, instrumento de dominio

La agricultura, por ser la más antigua actividad económica del país, refleja en su estructura las circunstancias y los avatares por que ha pasado la vida de la nación a lo largo de su historia. La posesión de la tierra, ha sido desde el más lejano pretérito un instrumento de dominio, una plataforma de preeminencia social, un medio de recompensar los servicios distinguidos sobre todo en empresas de guerra. El esquema de nuestra agricultura de hoy responde a causas históricas que al correr de los tiempos se manifestaron a través de una génesis que la Crónica General de España relata minuciosamente. La gran propiedad señorial tiene su origen en la época de la Reconquista y por eso gravita todavía sobre la mitad de España, que fue la última en quedar libre de la dominación extranjera.

Pero esto, ni prejuzga la cuestión ni ha de considerarse como un hecho fatal que hayamos de aceptar. Y viene ello a colación porque con frecuencia la gran propiedad, la que se ha dado en llamar latifundio, ha servido para polarizar la atención de la opinión pública, hasta que a fuerza de insistencia se ha llegado a suponer que el problema de los problemas de nuestra agricultura estriba en la lisa y llanamente en la desarticulación de las grandes fincas. La algarabía promovida por los oportunistas irresponsabilizados creó con frecuencia tal situación de confusiónismo que en realidad llegó a dificultar la tarea de poner el problema de la tierra sobre un asombro ordenado. He aquí una de tantas cuestiones envenenadas por la pugna entre dos concep-

ciones irreconciliables: el capitalismo y el marxismo. El uno, porque estima que el derecho de propiedad responde aún al trasnochado e inadmisibles patrón quirúrgico que consagra una amplísima fórmula en que la facultad de dominio carece prácticamente de límites; el marxismo, porque postula la abolición de la propiedad privada y mediante un proceso de colectivización, convierte al Estado en el único y máximo capitalista, al servicio del cual trabaja en los "koljoses" bajo una férula dictatorial y despótica, una miserable y desheredada población campesina.

Todo esto no quiere decir que nosotros sostengamos la tesis de que la realidad actual de nuestro campo se aproxima poco menos que a la perfección, pero sabemos que estamos en camino de lograrlo. Precisamente porque hemos planteado la cuestión con rigor y responsabilidad sabemos a ciencia cierta que su situación deja mucho que desear; que las deficiencias estructurales de que adolece son notables; que la especial configuración que en nuestra Patria adopta la distribución de la propiedad rústica constituye un factor de inestabilidad; que se echa de menos la falta de "conciencia social" en la empresa, y que, en suma, todas estas circunstancias y algunas otras más, de relevante entidad, frenan el progreso económico y social de la nación.

Ante tal estado de cosas, no debe extrañarnos que la impaciencia de algunos o la malicia de otros, haya intentado frecuentemente poner en circulación el mágico ungüento de la "reforma agraria", uno de los términos más desprestigiados y envilecidos; expresión que posee solamente un sentido destructivo. Pero entiéndase bien; nosotros, fieles al pensamiento de Onésimo, no negamos las razones originarias nacidas frente a los abusos e incomprensiones del capitalismo agrario. Lo que nos negamos a admitir es que al cabo de los años se pueda volver a agitar el espantajo de una reforma basada, pura y simplemente, en la redistribución a secas de la propiedad rústica. Por eso, el Movimiento ha proscrito de una manera tácita que se manipule con un sistema que es conceptualmente un disparate, económica y socialmente un engaño. Si la reforma agraria no fuese más que un reparto de tierras sería un juego de niños y podría realizarse mediante dos simples operaciones aritméticas. Es ocioso pararse a considerar que en España existe problema de imperfecta distribución de riqueza rústica. Está archidemostrado que existe y que en tanto no rompamos las dificultades estructurales que ofrece nuestra agricultura no estaremos en una vía franca de progreso, en un área de estabilidad. Y si del latifundio pasamos al minifundio, veremos cómo éste constituye asimismo un auténtico cáncer de la agricultura española. Con razón se ha dicho que el minifundio no es otra cosa que un "pequeño latifundio" porque en la generalidad de los casos descubre que "la tierra se explota extensivamente, sin capital de ninguna clase, casi en los límites de una agricultura primitiva de simple recolección de frutos naturales". Este es el grave mal que aqueja a la agricultura del norte y centro de la Península.

A la vista de estos dos hechos—latifundio y minifundio—, en apariencia contradictorios, pero sustancialmente paralelos, ya que ambos comportan efectos perniciosos de pareja naturaleza, habremos de convenir en que la cuestión clave de nuestra agricultura no reside en los aspectos meramente formales que entraña la mayor o menor extensión de las fincas. Si queremos entrar el problema; analizarlo de un modo riguroso, serio, honrado y satisficente, no queda otro remedio que considerarlo simultáneamente con su aspecto económico. Os lo diré con palabras de José Antonio: "No es cuestión de latifundios ni de minifundios, es cuestión de unidades económicas de cultivo. Hay sitios—afirmaba—donde el latifundio es indispensable—el latifundio no el latifundista, que éste es otra cosa—, porque en ellos sólo el gran cultivo puede compensar los grandes gastos que se requieren para que el cultivo sea bueno. Hay sitios donde el minifundio es una unidad estimable de cultivo; pero hay sitios donde el minifundio es una unidad desastrosa."

Reconstrucción de nuestra agricultura

La reconstrucción de nuestra agricultura no puede basarse en un burdo expediente de cambio de titularidad en la propiedad rústica. Todo proceso reconstructor ha de responder a la idea de una acción conducente a la elevación del nivel de vida y situación social del agricultor, unida a la mejora de la producción y de la productividad agrícola. Ello no impide que declaremos que no siempre la gran propiedad obtiene una explotación intensiva del suelo y unos altos índices de productividad. Las consecuencias sociales de aquí derivan—salario insuficiente, situación de subempleo, ínfimo nivel de vida del trabajador...—son extremadamente graves y a ellas hay que atribuir en gran parte la inestabilidad social que caracteriza a extensas comarcas de nuestro campo.

Pero si en el sistema político liberal, el Poder Público se cruzaba de brazos ante el problema y contribuía con su "neutralismo" suicida a que la cuestión agraria se limitase a una bárbara pugna entre el capitalismo y el marxismo, entre la propiedad, entendida quirúrgicamente, y la colectivización propugnada por el socialismo, en el ámbito de la política española del Movimiento, la reforma social y económica de la tierra ha dejado de ser un fin partidista para convertirse en una auténtica y sentida aspiración del Estado. El supremo quehacer de hoy estriba en robustecer la economía agraria y realizar una más justa distribución de la riqueza.

La necesidad de esta hora exige que el derecho de propiedad no quede estancado en el fondo de una arcaica teoría de derechos patrimoniales que, de espaldas a las necesidades muchas veces angustiosas de la sociedad, consagra una fórmula jurídica de individualismo y egoísmo. "Queramos o no queramos—advertía José Antonio—, la propiedad territorial, el derecho de propiedad sobre la tierra, sufre en estos momentos ante la conciencia jurídica de nuestra época una subestimación."

No es menester puntualizar que el Estado español tiene formal y solemnemente declarada su posición de reconocimiento y máximo respeto al derecho de propiedad privada como medio para el cumplimiento de los fines individuales, familiares y sociales de la persona humana. No ha entrado nunca en sus cálculos el lanzarse a una orgía de expropiaciones, ni mucho menos a una campaña sistemática de exprolios encubiertos con un pretexto legal imposible de justificar ante la conciencia del país. La expropiación está proscrita y en cuanto a la expropiación, ya se sabe que en nuestro ordenamiento jurídico es una medida excepcional que se justifica por la necesidad de realizar un fin social urgente y trascendente.

Nada tiene que temer la propiedad que cumple el fin social que moral y cristianamente tiene atribuido. Que nadie olvide que el Movimiento no ha venido a hacer una "reforma agraria" al viejo estilo, dictada más por el rencor que por el bien común; pero conviene también que nadie olvide una cosa: el Movimiento ha venido para demostrar, una por una, todas las amargas injusticias, todas las desigualdades irritantes que durante tan largo tiempo han hecho imposible la pacífica y armónica convivencia entre los hombres de España. Y España entera y los campesinos de Castilla y los de toda la nación tenemos a Francisco Franco, cuya mano no tiembla al aplicar la Ley. La Patria, Señor, el pueblo que hace unas semanas os aclamó hasta el delirio en Andalucía, que en Madrid hace una semana volvió a votar plebiscitariamente, por Francisco Franco, y que hoy os aclama en Castilla, os sigue ciegame porque está seguro de que no toleraréis siga en pie ni una sola injusticia ni una sola diferencia que atente a la unidad sagrada entre los hombres y las tierras de España.

Nuestra sociedad, de por largo tiempo trabajada por la caduca política, conserva todavía la huella de viejas supersticiones. La tan cacareada "reforma agraria" lo deja de ser una superstición. Cuando en 1932 se promulgó en España la Ley de Reforma Agraria, su sola denominación connotó las esperanzas de muchas gentes crédulas que muy pronto trocaron la ilusión por el negro desengaño.

Los hombres del 14 de Abril anunciaron a bombo y platillo lo que, en el fondo, estaban seguros de no poder cumplir. Realmente, hicieron sin proponérselo el menor de los males que de su pedestre fórmula reformista tenía forzosamente que salir. No llegaron—dijámoslo ya de una vez—a consagrar el reparto de la miseria, la distribución entre las masas campesinas de unos trozos de planeta, sobre los que los parceleros se hubiesen muerto de hambre con un flamante título de "asentados" en el bolsillo. La ley montó su farandula por la galería, mientras que la verdadera tragedia se desarrollaba entre bastidores. El Movimiento no podía reponer en España esa triste comedia porque el Movimiento vino a producir la justicia social y.

(Pasa a la página siguiente)

La Centuria de Onésimo Redondo

Por MANUEL ZUASTI

*"Si me quieres escribir,
ya sabes mi paradero:
en Robledo de Chavela,
primera línea de fuego."*

Eso fue después, mucho después, cuando ya éramos veteranos y teníamos fusil propio y dotación casi completa de municiones y tiempo de hacer trincheras y parapetos.

Hoy hemos de referir, enhebrando recuerdos, la pequeña historia de los primeros días de la Centuria "24 de Julio", que llevaba este nombre en recuerdo del recién muerto Onésimo Redondo (que en paz descanse), Capitán de las Falanges castellanas.

La idea de dar un nombre a la Centuria, y no un número de orden, debió surgir el mismo día 25, cuando la noticia de su muerte ya había recorrido y dado la vuelta a la reducida geografía de la España que todavía no se conocía por el título de "Nacional".

Por aquellas fechas quien esto escribe hacía sus primeras guardias en Salamanca por los alrededores del Noviciado de los jesuitas, depósito de máquinas en la estación del ferrocarril, lugares sometidos todavía, cuando llegaba la noche, al "paqueo" insistente de los marxistas, porque la situación no estaba, como es lógico, demasiado clara.

Pertenecía yo entonces a la Séptima Falange, que mandaba Miral, y pidieron voluntarios para ir a Valladolid.

Ardamos impacientes por salir hacia el Guadarrama, fecha que se estaba retrasando demasiado por la escasez de fusiles y por la necesidad de mantener guarnecidas las poblaciones que aún no eran retaguardia.

Tres camiones condujeron a los voluntarios hasta Valladolid y a los dos días de llegar salíamos para el frente. De mi estancia en Valladolid, por aquella época, recuerdo bien poco: un desfile desde la Academia de Caballería hasta una iglesia, para oír misa un domingo, y una vuelta o dos por la calle de Santiago y el Campo Grande.

La salida para el frente también se efectuó en camiones, al atardecer, para hacer noche en Sanchidrián, donde cenamos y de donde partimos de nuevo antes del amanecer.

Dos "flechas" íbamos en la expedición; Pedro Rodríguez, de un pueblo que se llama Pollos, de Valladolid, y yo, que recién llegado a Salamanca desde Sevilla, tenía un cerrado acento andaluz.

Como no se andaba muy sobrado de fusiles, los dos salimos de Valladolid sin ellos, esperando que nada más llegar al frente nos los proporcionasen.

Mandaba la Centuria Leopoldo de Castro y de la intendencia estaba encargado Pedro Bayón Cantalapiedra, uno de los pocos que quedaron y al que he visto algunas veces por Madrid. También he vuelto a ver a Santiago Sastre, que luego anduvo con las banderas de la Legión, y Guillermo de la Cruz, que si bien pertenecía a la misma Centuria, coincidió con él, muchos años más tarde, hablando de la guerra, en el café de Castilla.

A la Centuria "24 de Julio" le pesaba un tanto la responsabilidad del nombre. El 24 de julio era una fecha triste para la Falange castellana y pocos más de cien muchachos estaban dispuestos a vengar la muerte del Capitán.

En Villacastín, importante nudo de comunicaciones en aquellos primeros días de la guerra, quedamos unos días. Dormíamos en las escuelas y todavía no sabíamos lo que era el rancho.

Antes de salir para Aldeavieja, en el camino hacia Avila, desde Villacas-

tín, la Centuria formó en la carretera y la pasaron revista los generales Moja y Saliquet. Ni que decir tiene que aquella visita nos impresionó grandemente y nos sentimos investidos de una gran autoridad y bajo el peso de una responsabilidad grande: se contaba con nosotros y habríamos de responder con nuestra vida de la salvación de España.

En Aldeavieja dos o tres días más y se efectuó la Jura de la Bandera; un acto sencillo y emocionante que ahora cobra inmensa dimensión en los recuerdos. La Jura se efectuó ante el Jefe de las milicias de Falange en el Guadarrama, camarada García Durán, de quien no he vuelto a tener noticias.

La Centuria "24 de Julio" tuvo su bautismo de fuego en Navalperal, y después del suceso, bastante diezmada, fue a reunirse nuevamente en Navas de San Antonio, un pueblecito de la provincia de Segovia, al borde de la carretera general.

De "lo de Navalperal" ya he escrito en diferentes ocasiones, por ser, sin duda alguna, la mayor impresión que me quedó de los primeros tiempos de la guerra. Luego, por otros frentes, en otras unidades, con más experiencia y veteranía, ya no le di importancia a nada o por lo menos tanta como a aquel hecho, en el que se cortó el avance de los marxistas, dispuestos a ocupar Avila.

De Navas de San Antonio fuimos a El Espinar, y desde El Espinar a rebazar un ataque en Peguerinos.

Luego, la guerra, que nos fue llevando de un lado para otro y de la que cada cual tiene sus recuerdos.

Si veinticinco años después he elegido este tema ha sido por la razón de evocar en esta fecha la figura y el recuerdo de Onésimo Redondo, que tuvo su Centuria y a la que solamente mandó desde su puesto en las estrellas.

Los familiares de Onésimo en los actos del Cerro de San Cristóbal



Los familiares de Onésimo Redondo, hermanos, hijas y sobrinos, a quienes acompaña en la tribuna la señora de Ruiz-Ocaña.



Eugenia, Albina y Natalia Redondo, hermanas de Onésimo, saludan al Caudillo.



La Condesa de Labajos saluda, en presencia de los hermanos de Onésimo, al Caudillo.

"Estamos en un camino de salvación y nada ni nadie podrá detenernos"

(Viene de la página anterior)

naturalmente, a imponerla. Por eso está realizando no una "reforma agraria", pura etiqueta colocada sobre un estuche vacío, sino una verdadera reforma económica y social de la tierra. Y para esto, salvo excepciones de emergencia en secano, se precisan inexcusablemente dos cosas: crear riqueza dotando la explotación de la tierra del elemento de mayor productividad; el agua, y, luego, distribuirla entre los que no tienen otro patrimonio material que el trabajo de sus manos.

A estos fines se han de plegar todos los intereses y se han de encaminar todos los esfuerzos. Pero no se entienda que la realización de este ideal de justicia es algo así como un negocio privado que únicamente incumbe al Estado. El papel de éste no es de mera promoción, sino de promoción y exigencia. Las leyes no se han escrito para los que voluntariamente quieren cumplirlas; se han promulgado también para que las cumplan por la fuerza los que no quieren hacerlo de grado. El Movimiento nació en medio del consenso popular, como instrumento para fraguar la concordia de un país profundamente enfermo por el mal de muerte de la escisión entre sus hombres, sus clases y sus tierras. El Movimiento no tiene compromisos adquiridos, ni tiene acreedores, sino deudores. A todos cuantos tienen en sus manos medios para hacer la felicidad o la desgracia de su Patria, puede en conciencia exigirles que cooperen resueltos y lealmente a satisfacer los anhelos de Justicia de la sociedad española. El que tal no quiera hacer se denuncia a sí mismo; y que no diga que es español, porque está contra España; que no afirme tampoco que está con la Iglesia, porque la está escarneciendo; que jamás se le ocurra declararse pacífico, porque con su torpe beligerancia está invitando a la subversión.

Reforma económica y social de la tierra

El Régimen ha creado a lo largo de veinticinco años el dispositivo legal adecuado para realizar el vasto proceso que implica la reforma económica y social de la tierra. Ya en el punto XVII de las normas programáticas se señalaba la necesidad de "llevar al campo sin contemplaciones la reforma económica y la reforma social de la agricultura". Hoy, nuestras leyes fundamentales —la gran Constitución abierta del Régimen— marcan unas directrices obligadas. Concretamente el punto XII de la Ley de Principios del Movimiento Nacional proclama que "el Estado procurará por todos los medios a su alcance impulsar el progreso económico de la Nación

con la mejora de la agricultura, la multiplicación de las obras de regadío y la reforma social del campo".

España es esencialmente diversa. Su agricultura constituye un mosaico multiforme. Ante esta realidad sería estéril y peligroso pretender encerrar en fórmulas generales la diversidad que, en cada comarca y aun dentro de una misma zona de nuestra geografía, presenta el medio rural y los factores económicos y sociales que le son peculiares. Regadíos, cultivos, ganadería, configuran en cada caso un problema especial que reclama un tratamiento poco menos que casuístico.

Mas, sin embargo, todo el conjunto de medidas que consagra nuestra legislación vigente tiende a una misma finalidad y convergen en torno de la verdadera célula alrededor de la cual gira la transformación radical de nuestra agricultura: la empresa agraria. Este es el fin último de la reforma que aspira, además, a que las empresas así configuradas se conserven en el tiempo, sirviendo de elementos de producción permanente y de inalterable estabilidad social.

Desde la teoría a la práctica, desde el pensamiento a la acción, el Movimiento está realizando en el campo una tarea profundamente renovadora, auténticamente reformadora e inequívocamente revolucionaria. Y, así, en plena Cruzada de Liberación, nació el Servicio Nacional del Trigo para acabar con los especuladores que arruinaban al cultivador cerealista; las Leyes de Crédito Agrícola para desterrar la usura; el Instituto Nacional de Colonización, brazo ejecutor de la política social agraria del Gobierno; la vigorosa acción hidráulica destinada a irrigar centenares de miles de hectáreas de secarral; los patrimonios familiares y los nuevos pueblos que en toda España está fundando la mano colonizadora del Régimen; el auxilio a la pequeña colonización privada de decisiva trascendencia económico-social; la investigación de aguas subterráneas para el riego; la intensificación de cultivos; la lucha contra el minifundismo antieconómico y antisocial a base de la concentración parcelaria; la mecanización de las explotaciones; la fertilización y sanidad de los cultivos; la mejora ganadera; el arrendamiento protegido; la Extensión Agraria; las Leyes de Fincas Manifestamente Mejorables y de Expropiación por causa de interés social; la conservación de suelos agrícolas; la repoblación forestal de miles de hectáreas; las semillas selectas; la capacitación profesional del trabajador en Escuelas, Institutos y Universidades; la extensión de los beneficios de la Seguridad Social a la población campesina; el embellecimiento de la vida rural; la formación religiosa, cultural y política de los agricultores; la estructuración sindical del campesinado en unidades de con-

vivencia y de participación en la vida pública... y tantas otras cosas que, como con razón se ha dicho, están cambiando de color el paisaje físico de España y revolucionando la mentalidad de sus hombres. Ahí quedan como una muestra palpable de lo que el Movimiento ha sido capaz de hacer en uno de los instantes más difíciles y angustiosos de la Historia nacional, con un ahorro más que escaso y sin posibilidades de crédito en los Organismos Internacionales durante muchos años, ese medio millón de hectáreas transformadas en regadío, esas decenas y decenas de millares de familias que, de la mano colonizadora del Régimen, han ascendido a una nueva vida, ese parque de maquinaria agrícola que hoy tienen casi 50.000 unidades más que en el año 1939, ese casi millón y medio de hectáreas de monte de nueva repoblación, más de 300.000 Has. de tierras concentradas y una multitud más de realizaciones que sería prolijo enumerar.

Esta es una razón más de nuestro Movimiento; estos son los poderes de Francisco Franco, las victorias que atestiguan la fecundidad de su insigne Capitania, las seguridades que el Régimen otorga a los españoles todos, no con leyes en el papel, sino en realidades que cantan que la Patria, como dice nuestro viejo grito, ha de estar arriba.

Esta es la política agraria del Movimiento; que no descansa en el oportunismo, ni en el halago de las masas, sino en la realidad de una nación con medios materiales limitados, pero que entre todos estamos haciendo más rica, justa y hermosa.

Estamos en un camino de salvación y nada ni nadie podrá detenernos. Vamos a intensificar la acción sobre las cosas que reclaman justicia y perfección y sobre la mente de los hombres que todavía no se han dado cuenta de que el Movimiento, de que el Caudillo, están aquí para enderezar un gran entuerto de siglos, para luchar, sin descanso, hasta destruir la última de las injusticias. El Régimen tiene en sus manos los instrumentos legales necesarios para desarticular todo intento de resistencia, toda posición de rebeldía, todo afán de persistencia en feudales actitudes...

La memoria de Onésimo, el legado de los Fundadores, el mandato de los caídos nos urgen y nos apremian a no descansar. Primero entre todos nosotros, Francisco Franco no descansa. Y en él tenemos los españoles, sin distinción, la seguridad de que España será totalmente transformada, reformada de pies a cabeza para que nuestros hijos no tengan que verse de nuevo lanzados a una feroz disputa.

Camaradas: Por España, Una, Grande y Libre, por la Patria, el Pan y la Justicia, por el Caudillo y por nuestra Revolución Nacional, gritemos una vez más.

¡VIVA FRANCO! ¡ARRIBA ESPAÑA!

Junto a Franco, España entera por Onésimo

Onésimo en época de creación

Por A. RODRIGUEZ-V'LLA

En 1932, Onésimo y yo nos encontramos en Portugal. Por caminos diferentes y por razones parecidas cruzamos la frontera y nos acogimos, como exilados políticos, a la hospitalidad portuguesa.

Nos conocíamos antes y durante la fundación de las JONS de Valladolid. El dirigí "LIBERTAD" y yo dirigí "Defensa Estudiantil", efímero semanario más veces en manos de la Policía que en la de los lectores.

Milité, a las órdenes de Onésimo, en la lucha física e intelectual de los primeros tiempos.

Exégetas más o menos afortunados han explicado a Onésimo hombre público.

Concienzamente pretendo dibujar en algunas pinceladas a Onésimo tras de la puerta de la calle, en la rebotica ideológica en que comenzó a fraguar su peculiar doctrina con los más heterogéneos y a veces contradictorios materiales, aceptados algunos y rechazados otros en la obra acabada.

Conviví con él cerca de un año, en habitaciones contiguas, en una modesta pensión de Oporto.

Nuestros diálogos alrededor de la camilla, jugando a la pulga sobre la manta de la cama, que hacía de tapete; sus lecturas y comentarios, su vida diaria, me proporcionaron un material precioso para mostrar a Onésimo en una vertiente, el período de creación, desconocida para la mayoría de sus camaradas y amigos, y aun para sus familiares, observadores lógicamente menos objetivos.

El era un castellanista, y un castellanista telúrico.

La música de fondo de su España era ejecutada por labriegos vestidos de pana. Aquella pana que vendía su padre con olor a fábrica y que no era vestido místico hasta que recibía el bautismo del sudor de sus labradores, de ojillos entre sabios y ascéticos. Se extasiaba contándole como en un corral de pueblo vio una vez a un destripaterreno observar los saltos de un gorrón y sus velocitos precavidos de la manquera a la tenada y de la tenada a la manquera; el labrantín, en el colmo de su entusiasmo, exclamó lento y filosófico: "El que te puso 'gurrion' ya sabía lo que se decía..."

Base y fundamento de su castellanismo, estrato el primero de su ideología humana, fue siempre la Religión Católica y su práctica diaria. Es preciso tener en cuenta este importante detalle para juzgar de sus escrúpulos morales para coordinar su violencia ideológica política con la virtud teológica de la caridad.

Alcoreaba entonces, pujante, el movimiento nacional-socialista en Alemania. Onésimo había sido lector de español en una Universidad alemana. Iba yo todas las mañanas a la estación de San Bento para comprarle el para mí entonces inteligible "Völkischer Beobachter", desde el que el doctor Goebbels lanzaba sus diatribas contra comunistas y demócratas. En una ocasión mostré mis dudas sobre la ortodoxia del movimiento nacional-socialista y Onésimo me replicó que era un movimiento profundamente cristiano, y en apoyo de su tesis me leyó que Hitler deseaba para la mujer germana la política de las cuatro kaes: "Kirche, kinder, küche, kielder", es decir, Iglesia, niños, cocina y vestidos.

La doctrina aristada del acerado Ramiro Ledesma Ramos le producía cierta preocupación, aunque confiaba en su capacidad personal para rebajar su poder explosivo con el establecimiento de su religiosidad y la de sus seguidores.

Se lamentó muchas veces conmigo de que los marxistas hubiesen patentado para uso exclusivo un vocablo que a él le encantaba: "Socialismo". "Claro está que la cosa no tiene ya remedio."

Cierto día, o porque yo lo había oído o porque se me ocurrió felizmente, le hablé de lo inconcebible que era para mí una "Internacional de nacionalismos". Argüimos mutuamente con nuestros argumentos opuestos y resultó de la discusión una conclusión positiva. Coincidí pocos días después la celebración de un mitin en el Palacio de Cristal de Oporto. El principal orador era el jefe "facista" portugués, Rolao Preto, con el que Onésimo estuvo dispuesto a parlamentar creyéndose un discípulo de Oliveira Martins y de António Sardinha, el de "La Alianza Peninsular".

Decidimos ir al mitin y tuve que contener a Onésimo cuando Rolao Preto comenzó su discurso con las siguientes antibélicas palabras: "Saúdamos a os portugueses d'aquem e d'alem do Minho."

Onésimo quedó decepcionado y la única conclusión que sacó es que el fado era "o veneno do povo". Ciertamente las únicas faltas de puntualidad de Onésimo en la vuelta a la pensión, donde su mujer le esperaba, eran motivadas por nuestro olvido del reloj oyendo "o veneno do povo" a alguna "cantadeira".

Otro ingrediente que barajaba Onésimo era su convicción sobre la influencia nefasta del judaísmo internacional sobre el mundo cristiano. En aquella pensión de Oporto, Onésimo tradujo del alemán "Los Protocolos de los Sabios de Sión" y yo ayudé a ponerlos en castellano derecho.

Se daba en Onésimo una extraña circunstancia poco corriente en los jefes de masas: a pesar de su contextura física, carecía de condiciones para la agresividad mecánica. También le faltaba el generalmente necesario lenguaje brutal que suele acompañar a la incitación a la lucha. En compensación de esos dos fallos, según el módulo "standard" en los conductores de multitudes, fulgía en los ojos de Onésimo la luz violenta de un iluminado, cruzado salido de matlines empujando la espada.

El motor principal de su acción era su ciega confianza en la fuer-

za centrífuga de la Castilla central para disociar las mixtificaciones periféricas, influenciadas por el contacto con el liberalismo europeo.

Onésimo arbitró la posibilidad de enlazar la doctrina jonsista con la humana, arrebataadora, genial proyección de la misma por José Antonio.

Fue su gran mérito el renunciar a una jefatura que tenía ganada en aras del servicio al país. Bajo del puente a la sala de máquinas: su Castilla, la Castilla de España, propulsora de las singladuras nacionales más decisivas.

za centrífuga de la Castilla central para disociar las mixtificaciones periféricas, influenciadas por el contacto con el liberalismo europeo.

Onésimo arbitró la posibilidad de enlazar la doctrina jonsista con la humana, arrebataadora, genial proyección de la misma por José Antonio.

Fue su gran mérito el renunciar a una jefatura que tenía ganada en aras del servicio al país. Bajo del puente a la sala de máquinas: su Castilla, la Castilla de España, propulsora de las singladuras nacionales más decisivas.

Onésimo, voz de Castilla hacia España

Por CARLOS RIVERO

Aquellos a quienes nos fue negada la bienaventuranza de recibir el directo y acuciante magisterio de Onésimo tendremos que reificar al hombre, al capitán castellano, según el testimonio vital de su palabra. No parece tarea demasiado difícil. A treinta años de distancia de la que fue su siembra inicial, los discursos y los escritos de Onésimo perfilan una figura de sugestivo porte humano, de vigorosa hechura intelectual, de ejecutiva voluntad de edificación política. Tres hechos capitales esclarecen, tanto como el legado ejemplar de sus palabras, su intrépido perfil de capitán de la esperanza: la fundación del semanario "LIBERTAD", la creación de las J. O. N.-S. de Castilla y la muerte frente al enemigo. El área triangular de esa empresa, que el supremo sacrificio epílogo, se llena durante seis años con una tarea heroica, desatada sobre el esencial esquema castellano de la lanura con la fuerza fecundante y arrolladora de un torrente.

Tengo la impresión de que su contacto con la cultura alemana —su permanencia en la Universidad de Mannheim como lector de español— decidió su adhesión a una suerte de rigorismo lógico que en política le sirvió después para expresarse sin ningún énfasis retórico, con una clarividencia razonadora que cabala hasta la raíz de los problemas y evidenciaba su acuciante entraña. No quiere esto decir que le faltase emoción poética a su mensaje. En toda empresa de redención y de conquista hay un íntimo manantial poético, una inspiradora cadencia épica. Pero lo que Onésimo rechazaba era el relumbrón de la mediocre música verbal, que se le planteaba como antagonico a la gravedad dramática de su convocatoria para la lucha.

La principal razón de su elección en el rebato y la recluta estriba en que él acertó a articular las voces entrañables de su tierra, el viejo anhelo de sus hombres, el insobornable ideal de la comunidad. Con la pleamar cereal anegándole el corazón, predicándole al pie del surco, respirando a plena vida la angustia agraria, Onésimo rechazó la fácil tentación de crear mitos. Lo que hizo fue santificar verdades esenciales, realizar la difícil conversión de los motivos de la realidad cotidiana en instrumentos de sugestión y arrastre popular.

Su estilo en la oratoria y en el periodismo era brusco, trazado en líneas rectas, con ese aire de rápida improvisación formal que los avezados advierten que está modelado sobre el riguroso sedimento de arduos saberes, de serenas meditaciones. Tenía su estilo una dura calidad de piedra caldeada, algo de poderoso, mero berroqueño muy saludado por el sol en una larga tarde de Castilla.

Hay que tener cuidado con las interpretaciones románticas, desbordadamente sentimentales, de los héroes. A veces, la excesiva y amorosa insistencia en un rasgo del héroe eclipsa otras facetas sustantivas de su personalidad. En el caso de Onésimo, nada me parece más legítimo que el orgullo con que sus más próximos y fieles seguidores reivindican su significación como capitán de Castilla. Lo fue, y de ello arranca el mayor fulgor de su gloria. Pero conviene insistir en que su concepción política no fue nunca localista o terruñera. Independientemente de la inmediata proyección geográfica de su predicación, el pensamiento y las fórmulas de Onésimo se levantan hasta el contorno de grandes síntesis nacionales; y así, él aparece como el adelantado de un empeño total de redención agraria, de liberación de los campesinos españoles. Onésimo quería para la ejecución de los planes revolucionarios del nacionalindustrialismo la adopción de una moral campesina, es decir, de un talante espiritual en que se funden austeridad, renuncia, abnegación y esperanza, una terca y casi rabiosa esperanza. Con esta moral se hizo, en efecto, a las órdenes de Francisco Franco, una guerra de tres años que ha permitido lo largo de un cuarto de siglo levantar en piedra muchos de los lejanos sueños de Onésimo.

Hoy, alzado en bronce en el Cerro de San Cristóbal vallisoletano, Onésimo Redondo contempla desde la orilla de la inmortalidad como su grito se ha hecho cosecha.

("La Hoja del Lunes", de Madrid)

CAPITAN DE CASTILLA

La cita de los viejos escuadristas

Castilla se dio cita en el Cerro de San Cristóbal. Más de cincuenta mil personas ascendieron hasta la gran planicie de cerca de veinte mil metros cuadrados, en donde ha sido levantado el monumento a Onésimo Redondo. Hombres, mujeres, niños, gentes que conocieron al bravo Capitán de la Falange castellana o que sin haber sentido el peso arduo de su palabra, pero recibiendo con provecho la lección de su vida y de su muerte, acudieron ayer para fundirse en un acto de afirmación falangista. Allí estaban los viejos escuadristas encanecidos, los que llevan en su carne las cicatrices de la lucha, callejera o las huellas de la guerra; allí los fieles hasta la muerte de Onésimo; los que no se dejarán jamás ganar por el desaliento ni consumirse en la nostalgia; allí los camaradas curtidos en el servicio, como José Antonio Girón, Raimundo Fernández Cuesta, Gutiérrez del Castillo, Pedrosa Lata, García Ortiz, Murga...; allí tristes de camisa azul y curas luciendo en el pecho la medalla de la Vieja Guardia; allí todos los oscuros, anónimos y leales falangistas de la hora difícil; allí las nuevas generaciones que garantizan la continuidad de una doctrina que ha de ser ley general de España. Allí, en suma, la sangre física de Onésimo, transfundido en sus hijos, y la carne espiritual de su contextura cívica, hecha realidad en los millones de hombres que siguen fieles a su mandato y devotos a su mensaje político.

Castilla podía resumirse en la presencia de aquellos millones de almas que, plantadas como espigas de la mejor cosecha ante la piedra y el bron-

ce que perpetúa de cara al tiempo la memoria de Onésimo, esperaron la llegada de Francisco Franco. Las aclamaciones de que ha sido objeto a su llegada serán, por así decirlo, trazo vigoroso con que el pueblo español ha subrayado, en el curso de las últimas semanas, su plena identificación con la política del Movimiento, con la actitud que frente a los problemas interiores y de las cuestiones exteriores ha mantenido el Caudillo. Andalucía, Madrid y, ahora, la castellana Valladolid han gritado plebiscitariamente su decisión de permanecer en la fidelidad a lo que el Movimiento representa y a lo que Francisco Franco supone. En esta lealtad y en esta plena identificación está escrita una decisión que, echada en la urna de las calles, las plazas y los campos, vale más que los votos, porque son un juramento.

Esta es la maciza y plena verdad de lo que ha sucedido en esta tierra fundacional, de una política que ha hecho presa en la ilusión y en el desvelo de España. De la Castilla labradora, el ministro de Agricultura, Cirilo Cánovas, ha puesto de manifiesto la fidelidad de una política agraria, que sigue palmo a palmo las huellas de Onésimo. Con el irrefutable argumento de las realidades, el Ministro ha analizado el paso vivo, el talante incorruptible de la acción reformadora que el Movimiento ha emprendido para

cambiar de arriba abajo la faz económica y social de la agricultura. Luego, el ministro Secretario general del Movimiento, José Solís, en una breve arenga, ha reiterado al Caudillo la lealtad de la Falange. Fiel al pasado y presente en esta hora en que España, afinada y puesta a punto los instrumentos para una nueva etapa camina resueltamente llevando en vanguardia a los hombres que como los hoy reunidos en el Cerro de San Cristóbal, nada más esperan la orden de marcha.

Cuando ya la luz de Castilla estaba en trance de apagarse, Franco ha puesto punto final a este jubileo de la fidelidad a prueba de bomba. Su palabra —palabra de Caudillo— vale por todas las leyes. El campo sabe que serán destruidas hasta la última de las injusticias que de la mano del Caudillo seguirá llegando el agua, el patrimonio para los desheredados y, en suma, la justicia social. Y esta seguridad ha quedado patente en los vitores con que más de treinta mil falangistas castellanos han saludado al Caudillo cuando, después de entonar el "Cara al Sol", ha abandonado la plataforma del Cerro, donde la Falange vallisoletana ha grabado en bronce su fidelidad al bravo Capitán de la primera hora.

(De "Arriba")



Los camaradas Taboada, delegado nacional de Provincias; Muñoz Alonso, director general de Prensa; Vaca de Osma, gobernador civil y jefe provincial del Movimiento de Avila; Girón y Fernández Cuesta.



Otro momento de la ascension al Cerro.

Capitania permanente de Onésimo

Lo que difícilmente vemos compaginar en el mundo, aquí se lleva con la mayor naturalidad. Ya no es "el Este", que hace la guerra a Dios, pero al Occidente mismo le cuesta mucho dar cabida en sus actos oficiales al Creador; y buena prueba de ello es la neutralidad significativa de las Naciones Unidas en este terreno, así como la invariabilidad con que en actos oficiales y solemnes suelen omitir en todas partes la acción y presencia inefables de quien gobierna con sabiduría infinita lo grande y lo pequeño. Por eso somos singulares nosotros, y no se nos perdona el "atavismo". A falta de unidad —quizás incluso hasta de convencimiento íntimo—, se ha decidido hacer tiempo que la religión es asunto privado. Así, el honorar a un héroe, por ejemplo, cumplesse a medias con una memoria simplemente histórica. Y aquí, sin embargo, su presencia es real, porque los muertos viven.

Lo acabamos de hacer ayer

con Onésimo, al subir nuestro agradecimiento al Cerro de San Cristóbal, para ejemplo de todos. Primero, le hubimos de honrar delante de Dios en el Santuario Nacional. Al fin y al cabo lo que él hizo, en gran parte, iba dirigido a defender sus derechos imprescriptibles, negados y hollados por el ateísmo militante; lo otro también se le asemejaba, porque la Patria y libertades de sus hijos son dones que vienen de arriba. Si pues queremos exaltar su memoria, bueno es recomendar sus mejores virtudes y merecimientos por medio de la oración y del sufragio en común. Comunicación inefable con el Padre y verdadera presencia entre nosotros, aunque mejor esté el materializarla también para perpetua memoria al frente de estas tierras pardas de Cas-

tilla que él tanto amó. Y después, el ir en piadosa peregrinación ante sus restos mortales, que esperan allí la resurrección. De ellos se sirvió en vida para levantar en villo a sus compatriotas; justo es que los honráramos, como asiento del espíritu y complemento integral de la persona humana.

Cumplido este primer deber de orden trascendente y sobrenatural, que tan cuidadosamente orillan el indiferentismo religioso y el concepto materialista actual, hemos subido a lo alto del Cerro de San Cristóbal, en verdadero alud, a ser testigos del homenaje que le rinde España entera, con su Caudillo a la cabeza. Allí, mirando a la planicie extendida de los trigales que tanto amó, hemos querido perpetuar su presencia simbólica en alas de gran-

deza, bajo el signo de unidad de nuestros Reyes —hecho histórico, jurado y firmado en Valladolid—, y al fondo su imagen plástica en duro bronce, rodeado de los suyos y en actitud de avance y de victoria. La muerte no le fue obstáculo, puesto que el objetivo había de cumplirse, y se cumplió.

A los veinticinco años de su tránsito, el clamor sella todas aquellas esperanzas, puestas precisamente en este mismo punto geográfico a través de jornadas mitad milicia y mitad apostolado. Era allí donde se daban cita juventudes universitarias, campesinas, laborales de las distintas actividades del quehacer nacional español. Pues aquí ha sido también donde se dieron cita las más altas representaciones del Estado, de las provincias y de la tie-

rra de pan llevar, en el glorioso aniversario de su muerte, para rendir tributo de agradecimiento al capitán. Y ha sido el verbo ardiente del Jefe Provincial, de los ministros de Agricultura y Secretario General quienes rindieron el homenaje de admiración y agradecimiento a su acción y pasión en nombre de todos los españoles, hoy unidos en fraterno amor bajo las banderas de la misión específica confiada a nuestro pueblo. Y ha sido también el propio Caudillo, quien quiso cerrar la manifestación clamorosa con un "¡Presente!" que a la vez constituía juramento de fidelidad a los motivos por los que los mejores sacrificaron todo —bienes, hogar, la misma vida—, en homenaje de la verdad trascendente y de las generaciones futuras, como perennancia indestructible de la mejor y más noble de las Patrias.

H. RAGLIO GARCIA SANJHEZ



DOS ESTAMPAS DE UNA EMOTIVA JORNADA POPULAR Y FALANGISTA QUE QUEDARA EN LA HISTORIA

